

de la patria. Claro es que no interpretaba los sentimientos de los que, cansados de la lucha, sólo aspiraban al reposo, ni de los hábiles que veían en la caída de París una ocasión de firmar la paz; y los acontecimientos no tardaron en demostrar que ni siquiera interpretaban el pensamiento de la mayoría de los franceses. Pero ¿quién hubiera podido reprender una sola palabra de aquella hermosa arenga, inspirada en el más ardiente patriotismo?

El gobierno de París contestó al manifiesto de la Delegación de Burdeos acusando al ministro de la Guerra de haber detenido al general Chanzy, que quería ir en auxilio de la capital, y de haberle dado orden de retirarse al otro lado del Mayena.

No era esta la única causa de disenso entre París y Burdeos. París quería que los electores pudiesen votar cualquier candidato. Burdeos quería que los antiguos candidatos oficiales fuesen excluidos de las listas electorales. París tuvo la desgracia de ser apoyado por Bismarck, que sostenía que la exclusión dictada por la delegación de Burdeos era contraria a una de las cláusulas del armisticio. Gambetta estaba equivocado acerca de la influencia y la popularidad de los imperialistas; no habían de entrar en la asamblea nacional más que una docena de bonapartistas declarados y dos docenas de bonapartistas vergonzosos.

Desde el 1.º hasta el 6 de febrero, en la mezquina lucha que hubo entre el representante del gobierno de París y la Delegación de Burdeos, las verdaderas cuestiones, la de la guerra ó la paz, la del armisticio firmado sin contar con los delegados, desaparecieron completamente para ceder el puesto á la lucha electoral.

Después de un viaje de más de veinticuatro días, Julio Simón había llegado á Burdeos el día 1.º de febrero. El representante del gobierno de París encontró desconocida á la pacífica ciudad girondina que, año y medio antes, lo había elegido para el consejo general y para el Cuerpo legislativo; no encontró más apoyo que el de los reaccionarios y el de Thiers, cuyo hotel se había convertido en centro de la oposición á la Delegación, aunque esta oposición influyó poco en el espíritu público de Burdeos. El mismo día de la llegada de Julio Simón, el Consejo municipal y su alcalde, Sr. Fourcaud, se presentaron en el hotel Sarget, donde se reunía la Delegación, para ofrecer á Gambetta y á sus colegas su concurso incondicional. Encontrando á los individuos de la Delegación irreductibles y la opinión manifiestamente hostil, Julio Simón se guardó de atacarla de frente y de hacer uso de los poderes que el gobierno de París le había conferido. El apoyo eventual del general Foltz, que mandaba la división, no le pareció una garantía suficiente de éxito. Limitóse á notificar á los directores de los periódicos reaccionarios que el gobierno de París había publicado en 29 de enero un decreto electoral que se diferenciaba del de la Delegación en que no excluía ningún candidato. Hecho esto, esperó el refuerzo pedido á París por medio del Sr. Liouville. El mismo día en que éste salió para la capital, partió también para el mismo punto Cremieux, enviado por sus colegas de la Delegación; encontró á los Sres. Arago, Pelletán y Garnier-Pagés en Vierzon, volvió con éstos á Burdeos el 4 de febrero y la situación se solucionó el día siguiente con la retirada voluntaria de Gambetta, á quien reem-

plazó Manuel Arago en el ministerio del Interior. Julio Simón, con su tacto habitual, se había eclipsado ante la antigua notoriedad republicana de Arago.

Las elecciones se efectuaron el día 8 de febrero en toda Francia, y ya hemos visto en uno de los capítulos anteriores cuál fué su resultado. A los patriotas que le aconsejaban la guerra á todo trance, el sufragio universal contestó aclamando la paz á toda costa. Entonces Bismarck pudo fijar, con la seguridad de ver aceptadas sus proposiciones, la cuantía de los sacrificios que había que imponer á Francia.

Apenas proclamados, los diputados se trasladaron en masa á Burdeos, donde celebraron el 12 de febrero una sesión preparatoria, bajo la presidencia del de más edad, Sr. Benoist-d'Azy, y el 13 su primera sesión pública, consagrada á la entrega en manos del presidente de la asamblea de los poderes que el gobierno de la Defensa nacional había asumido el 4 de septiembre.

Esta entrega de poderes, sencilla y solemne á la vez, fué verificada por el vicepresidente del gobierno de la Defensa nacional, Sr. Favre, que pronunció, entre otras palabras, las siguientes: «Gracias á vuestro patriotismo, gracias al ardor de todos, lograremos vendar las heridas de nuestra querida patria y reconstituirla su porvenir. A vosotros toca realizar esa gran obra. Nosotros (los miembros del gobierno) no somos ya nada, sino vuestros justiciables, dispuestos á responder de todos nuestros actos. Mientras tanto, deposito sobre la mesa de la asamblea la siguiente declaración: Los miembros del gobierno de la Defensa nacional tienen el honor de depositar sus poderes en manos del presidente de la asamblea nacional. Permanecerán en su puesto, para el mantenimiento del orden y la ejecución de las leyes, hasta que se les releve.»

Así terminó la agitada existencia del gobierno de la Defensa nacional. Los partidos, injustos y apasionados, reprocharon á los hombres del 4 de septiembre más bien su origen que su fin y más bien la insurrección que la capitulación. En 4 de septiembre, la Francia entera fué cómplice de los que aceptaron la desastrosa herencia del imperio. Desde el 23 hasta el 28 de enero, si los negociadores de la capitulación cometieron alguna falta, fué la de hacer extensiva á toda Francia la capitulación misma y exceptuar de ella á Belfort y á tres departamentos sin conocer la situación. Desde el día en que Julio Favre se presentó en Versalles por primera vez, Bismarck y Moltke comprendieron que los ejércitos de Manteuffel y de Werder, combinando sus movimientos, vencerían á los 130.000 hombres indisciplinados y demoralizados que constituían el ejército francés del Este y cuyo mando había sido confiado á Clinchant, después de la tentativa de suicidio de Bourbaki.

Clinchant se hallaba ya envuelto al Norte y al Sur por los alemanes cuando se le transmitió de Burdeos la noticia del armisticio. Era el 29 de enero. ¿Podía el general francés escapar al alcance del enemigo? No nos atreveríamos á afirmarlo; pero si recordáramos que cuarenta y ocho horas después de aquella inmovilización del ejército del Este, cuando Clinchant salió de Pontarlier y se refugió con sus tropas en Suiza, Cremer pudo aún llevar á Lyon un cuerpo de 15.000 hombres; y recordáremos sobre todo, que el movimiento de los alemanes continuó y fué más activo, después de la firma del

armisticio, á partir del 29 de enero. Si en aquel momento Manteuffel, Werder y Clinchant, inmovilizados por el armisticio, habían permanecido en sus posiciones, el ejército francés, ocupando una larga y estrecha faja de terreno, entre las tropas alemanas al Oeste y la frontera suiza al Este, formaba una fuerza organizada de cerca de 100.000 hombres, poco sólida en verdad, extenuada por la marcha y las derrotas, pero inquietante aún para el enemigo en razón de su número que exigía un número casi igual de alemanes para contenerla. Esto era, sobre todo, lo que el Estado mayor alemán había querido evitar. Las negociaciones se habían entablado de tal modo que el resultado era fatal. La responsabilidad no recaía sobre el general Beaufort-d'Hautpoul, ni sobre el general Valdán, sino sobre el gobierno de la Defensa nacional y particularmente sobre Julio Favre. En cuanto se refiere á las estipulaciones relativas á las provincias y á la posición respectiva de los ejércitos, la negociación entre Bismarck y Julio Favre parecía una lucha entre dos hombres de los cuales uno llevase los ojos vendados. El gobierno de París no tenía derecho á tratar de los ejércitos de las provincias prescindiendo de los jefes de estos ejércitos y del ministro de la Guerra. Señalando la línea de demarcación, sin previa consulta de los generales franceses, abandonaba al enemigo departamentos enteros y posiciones de que éste no se había apoderado. Haciendo la excepción del ejército del Este y de Belfort, sin consultar al ministro de la Guerra de Burdeos, sacrificaba este ejército y el mismo Belfort, con que los alemanes hubieran podido quedarse, como se quedaron con Metz y Estrasburgo. En medio del tumulto de los acontecimientos, estas faltas casi pasaron inadvertidas, y cuando sus consecuencias se dejaron sentir cruelmente, se hizo recaer la responsabilidad sobre los que no las habían cometido, sin que nadie se acordase apenas de los verdaderos y únicos culpables.

Hasta el 15 de febrero no se hizo extensivo el armisticio á los departamentos del Jura, Doubs y Costa de Oro, en virtud de una cláusula adicional que estipuló también las condiciones del abandono de Belfort. La heroica guarnición de la gloriosa ciudad evacuó la plaza el 17 y el 18 de febrero, á las órdenes de su jefe el coronel Denfert-Rochereau, con armas y bagajes y todos los honores de la guerra.

## VII

La asamblea nacional constituyó su mesa definitiva el 16 de febrero, y ello fué significativo como indicación de las tendencias políticas de la Cámara: de los catorce individuos que la componían, sólo dos eran republicanos, el presidente, Julio Grevy, y un secretario, el señor Bethmont. Grevy debió mucho menos esta elección á su gran autoridad, á su perfecta corrección constitucional, á sus indiscutibles cualidades de orador, que á su abstención en 4 de septiembre y á su retraimiento durante la guerra.

Apenas constituida, la asamblea celebró dos importantes sesiones, una el 17 y otra el 19 de febrero. Se acercaba la expiración del armisticio y muchos diputados deseaban que la asamblea negase de antemano su asentimiento á la cláusula del convenio de 28 de enero que estipulaba la cesión de la Alsacia y la Lorena á

Alemania. El Sr. Keller había presentado una proposición en este sentido, y la Cámara, después de haber votado en pro de la urgencia de la discusión, parecía dispuesta á aplazar para el día siguiente el examen por las secciones. Rochefort combatió el aplazamiento y fué apoyado por Thiers que, en breves palabras decisivas, convenció á la asamblea de la necesidad de un examen inmediato.

Thiers no ocupaba aún el poder, pero ya no estaba en la oposición, desde que el sufragio universal le había dado más de dos millones de votos. Su perspectiva se agranda, su clarevidencia aumenta, habla y obra ya como verdadero hombre de gobierno. Demuestra también que los nombres y las reputaciones revolucionarias no le asustan; se impone á la asamblea que, una hora después, ha de delegarlo al poder ejecutivo de la República francesa, y pronunciándose en favor de la paz y obligando á la Cámara á proclamar su opinión, quita de antemano fuerza á los negociadores que Bismarck espera en Versalles.

A propuesta de los Sres. Grevy, Dufaure, Rivet, Vitet y Malleville, Thiers es elevado á la suprema magistratura, por una decisión casi unánime de la asamblea nacional.

Thiers sólo empleó un día en la constitución de su gabinete que comprendió los señores siguientes: Dufaure en Gracia y Justicia, Julio Favre en Negocios extranjeros, Ernesto Picard en el Interior, Julio Simón en Instrucción pública, Bellas Artes y Cultos, Larcy en Obras públicas, Lambrecht en Agricultura y Comercio, el general Leflô en Guerra y el almirante Pothuan en Marina. La cartera de Hacienda, reservada desde luego al Sr. Buffet, fué dada pocos días después al Sr. Pouyer-Quertier. Desde el punto de vista de la competencia, este gabinete ofrecía garantías muy serias. Las opiniones de sus miembros eran las del centro derecho ó de la izquierda; los legitimistas no habían obtenido más que una cartera, la de Obras públicas, concedida al señor de Larcy, antiguo miembro de la Unión liberal en tiempo del imperio.

Los puestos otorgados á los antiguos miembros del gobierno de la Defensa nacional indican el eclecticismo que presidió á las elecciones de Thiers. Julio Favre, Julio Simón y Leflô conservaban las carteras que habían desempeñado durante la Defensa nacional; Picard regentaba la que en 4 de septiembre había tenido que ceder á Gambetta. Estos cuatro ministros eran republicanos; uno de ellos, el general Leflô, era republicano católico; los otros tres pertenecían á la fracción del gobierno de la Defensa nacional que, durante los últimos días, había luchado enérgicamente contra las pretensiones de Gambetta. Por esto eran impopulares en París y carecían de autoridad en su propio partido. Los motivos que Thiers había tenido para elegirlos y que los monárquicos tenían para tolerarlos no eran de tal naturaleza que les valiese las simpatías republicanas. Julio Favre se hallaba además bajo el peso de la reprobación, justificada ó no, que se había manifestado contra el firmante de la capitulación. Ernesto Picard pasaba por ser el inspirador del periódico *El Elector libre*, que el gobierno de la Defensa nacional había tenido que desautorizar varias veces durante el sitio. Julio Simón, antes de ser enviado á meter en cintura á la Delegación

de Burdeos, fué el ministro que con más energía se opuso á lo que llamaban el espurgo del personal: «Sobre todo, no toquéis á nadie,» decía en todos sus telegramas á Cremieux. La elección de hombres de ideas menos avanzadas, pero menos mezclados en los últimos acontecimientos, hubiera sido más hábil y, á los ojos de los mismos republicanos, más significativa; sobre todo hubiera irritado menos á los parisienses y París era ya el gran punto negro en el horizonte gubernamental. Los otros nombramientos no podían menos de ser aprobados, hasta el de Larcy, ya que Thiers creía conveniente ceder un puesto á los legitimistas, y fueron favorablemente acogidos por los grupos de la derecha de la asamblea. Los grupos de la izquierda, convencidos, desde las elecciones y desde la elevación de Thiers al poder ejecutivo, de que los días de la República estaban contados, se afirmaron en su reserva recelosa, pero agradecieron á Thiers que hubiese apartado de su ministerio á todo el que de cerca ó de lejos había intervenido en el régimen imperial. Hasta aceptaron el nombramiento de Pouyer-Quertier, cuyo buen humor, habilidad y conocimientos financieros reconocían y que debía su cartera mucho menos á sus opiniones políticas que á sus opiniones proteccionistas.

En 19 de febrero, al dar á conocer á la Asamblea los nombres de los miembros de su gabinete, el jefe del poder ejecutivo trazó, en una comunicación escrita, las grandes líneas de la política que contaba seguir. No estará de más reproducir aquí los principales pasajes de esa especie de mensaje en que se encuentra como un esbozo de lo que en la historia había de llamarse el *Pacto de Burdeos*:

«El país debe ser tanto más obedecido, tanto más servido, tanto más amado cuanto más desgraciado es...; es desgraciado sin duda, pero sigue siendo uno de los países más grandes y más poderosos de la tierra, siempre firme, altivo, de recursos inagotables, siempre heroico sobre todo, como lo atestigua esa larga resistencia de París que perdurará como uno de los monumentos de la constancia y de la energía humanas.»

Thiers ha tomado ministros de todos los partidos, «pero unidos por el patriotismo, por los conocimientos y por la comunidad de las buenas intenciones.» Justifica muy bien la diversidad de sus opiniones, cuando dice: «En una sociedad próspera, normalmente constituida, que cede pacíficamente, sin sacudidas, al progreso de los espíritus, cada partido representa un sistema político, y reunirlos á todos en una misma administración sería (oponiendo tendencias contrarias que se anularían ó combatirían) ir á parar á la inercia ó al conflicto.»

Si toda la política exterior del nuevo gobierno se reduce á la persecución de la paz, «una paz animosamente debatida y que no será aceptada sino siendo honrosa,» toda la política interior, «la única política posible y conveniente en este momento,» consistirá en «pacificar, reorganizar, levantar el crédito.» Esta obra Thiers la emprende «sin otra ambición que la de atraer sobre sus últimos días el sentimiento de sus conciudadanos..., sin tener siquiera la seguridad de que se haga justicia á sus esfuerzos.» Este programa no había de ser letra muerta. La primera parte, la concerniente á las soluciones extranjeras, era la más urgente: el 19 de febrero, Thiers

obtuvo de la asamblea una suspensión de sesiones y marchó á París.

La Asamblea nacional, muy celosa de su soberanía, había designado una comisión de quince miembros para asesorar á los negociadores é intervenir en sus actos si era preciso. Los negociadores eran el ministro de Relaciones exteriores y el jefe del poder ejecutivo. Este último fué solo á Versalles, el 21 de febrero, y empezó, en esta primera entrevista, por hacer prorrogar el armisticio hasta el 26 del mismo mes. Desde el 18 de febrero, los alemanes, en previsión de una continuación de hostilidades, habían apuntado hacia París los cañones del Monte Valeriano y de las fortificaciones. La prórroga del armisticio sólo dejaba á Thiers y á Francia un plazo de cinco días para aceptar ó desechar los preliminares de paz. En la primera reunión, Bismarck había pedido toda la Alsacia, incluso Belfort, Metz y Thionville con la mayor parte del departamento del Mosela y una indemnización de 6.000 millones. La comisión, que esperaba algo peor, no había encontrado exorbitantes estas condiciones.

Thiers, en su segundo viaje á Versalles, el 22 de febrero, no obtuvo concesión alguna del canciller. En su tercero y cuarto viajes, que realizó acompañado de Julio Favre, el 23 y el 24, hizo reducir la indemnización á 5.000 millones y consintió, á cambio de la cesión de Belfort, en la entrada del ejército alemán en París. El día 25, Bismarck representó una de las comedias en que sobresalía y contestó á las quejas y á las súplicas de Thiers con un vehemente discurso en alemán. El 26, prorrogóse el armisticio hasta el 12 de marzo, firmóse el tratado de los preliminares y se convino que las negociaciones para la paz definitiva continuarían en tierra neutral, en Bruselas.

Esta laboriosa y dolorosa negociación, en que Julio Favre tomó parte desde el 23 de febrero, fué referida por él con emocionante relieve en su hermosa obra sobre *El gobierno de la Defensa nacional*. Nadie como él y Julio Simón han hecho entera justicia á Thiers, á sus esfuerzos ante el extranjero y ante los partidos. El primer presidente de la tercera república revive de cuerpo entero en la obra de Julio Simón titulada *El Gobierno de Thiers*, de la misma manera que Julio Favre da á conocer en la suya á Thiers diplomático:

«Todavía le estoy viendo, pálido, agitado, sentándose y levantándose sucesivamente; todavía oigo su voz quebrantada por el pesar, sus palabras entrecortadas, sus acentos á la vez suplicantes y altivos, y no conozco nada más grande que la pasión sublime de aquel noble corazón estallando en quejas, en amenazas, en súplicas...»

Julio Favre continúa en estos términos: «Cuando hubo hecho valer, con su inimitable elocuencia, lo enorme de nuestros sacrificios, el rigor inaudito que nos imponía, además de la mutilación de nuestro territorio, un rescate abrumador, los lazos antiguos que nos unían á una población que nunca había pertenecido á Alemania y que nada tenía de germánica, viendo la inflexibilidad de su interlocutor, exclamó: «¡Pues bien, seal; señor conde, estas negociaciones no son más que una ficción. Parece que deliberamos y hemos de someternos á vuestro yugo. Os pedimos una ciudad absolutamente francesa y nos la negáis: eso es confesar que resolvisteis contra nosotros una guerra de exterminio: hacédla. Aso-

lad nuestras provincias, incendiad nuestras viviendas, degollad á los habitantes inofensivos; en una palabra, terminad vuestra obra. Os combatiremos hasta el último aliento. Podremos sucumbir, pero al menos no nos habremos deshonrado.»

»Un cuarto de hora después, Bismarck estaba de regreso. El rey había salido á paseo y no debía volver hasta la hora de comer. Moltke se hallaba también ausente. Nadie es capaz de figurarse nuestra ansiedad. Esta llegó al colmo cuando, al cabo de media hora,



El general Goben

»La emoción de Thiers pareció haber conmovido á Bismarck, el cual le contestó que comprendía lo que debía sufrir y que celebraría poderle hacer alguna concesión. «Pero, añadió, haría yo mal en prometeros lo que no os puedo conceder. El rey me ha mandado mantener nuestras condiciones; sólo él tiene derecho á modificarlas. Yo debo recibir sus órdenes. Importa, sin embargo, que yo conferencie con el Sr. de Moltke. Si obtengo su consentimiento, tendré más fuerza.» Y salió.

poco más ó menos, Moltke fué anunciado. No le vimos. Bismarck se encerró con él.

»No creo que reo alguno haya esperado jamás su sentencia con más febril angustia. Inmóviles y mudos, seguíamos con ojos consternados la aguja del reloj que iba á señalar la hora de nuestra sentencia. La puerta abrióse al fin, y, en pie, desde el umbral, Bismarck nos dijo: «Conforme á la voluntad del rey, he tenido que exigir la entrada de nuestras tropas en París. Me habéis expuesto vuestras repugnancias y vuestros temores y

pedido con insistencia el abandono de esta cláusula. Renunciamos á ella si, por vuestra parte, nos dejáis á Belfort.»

—«Nada, contestó Thiers, igualará al dolor de París, abriendo las puertas de sus muros intactos al enemigo que no ha podido forzarlas. Por esto os hemos conjurado y os conjuramos aún que no le impongáis esa humillación inmerecida. Sin embargo, está dispuesto á apurar el cáliz hasta las heces, por conservar á la patria un rincón de su suelo y una ciudad heroica. Gracias, señor conde, por proporcionarle la ocasión de ennoblecer su sacrificio. Su duelo será el rescate de Belfort, que persistimos más que nunca en reclamar.—Reflexionadlo bien, dijo el Sr. de Bismarck, quizá os arrepintáis de haber desechado esta proposición.—Aceptándola faltáramos á nuestro deber,» replicó Thiers. La puerta volvió á cerrarse y los dos hombres de Estado prusianos reanudaron su conferencia.

»Nos pareció que ésta duraba un siglo. Después que Moltke se hubo marchado, el canciller nos manifestó que sólo faltaba convencer al rey. A pesar de nuestra impaciencia, tuvo que esperar que el monarca hubiese acabado de comer; serían las seis y media cuando fué á hablarle. A las ocho, Thiers recogió el fruto de su animoso esfuerzo. Había devuelto Belfort á Francia.»

Firmados los preliminares, prorrogado el armisticio hasta el 12 de marzo, Thiers regresó precipitadamente á París, y al día siguiente, 27 de febrero, volvió á Burdeos. El ejército alemán tenía que entrar en la capital el 1.º de marzo y había de permanecer en ella hasta la aprobación de los preliminares por la Asamblea nacional.

Burdeos, con sus inmensas avenidas llenas de gente, con sus cafés atestados de desocupados, con sus conciliábulos al aire libre, con el perpetuo movimiento que reinaba en las inmediaciones de la Prefectura, residencia del gobierno, y del Gran Teatro, domicilio de la Asamblea, no era el lugar tranquilo que convenía para graves deliberaciones.

Los diputados de París, y entre ellos algunos de los futuros investigadores de la *Commune*, habían llegado uno tras otro, á medida que se operaba el interminable escrutinio de los votos parisienses y habían hecho resonar en todos los sitios públicos sus apasionados ataques, sus declamaciones furiosas contra los miembros del gobierno de la Defensa nacional y contra los diputados monárquicos y rurales. Estos no podían llegar al Gran Teatro sino atravesando con dificultad una muchedumbre manifestamente hostil, contra cuyos insultos su misma falta de notoriedad les protegía, pero sin dejar de oír las expresiones más malévolas y presenciando las ovaciones ruidosas que se prodigaban á Garibaldi, á Rochefort, á todos los representantes revolucionarios de París. De la plaza del Teatro penetraban en una sala alumbrada, en pleno día, como para las representaciones de la noche, y cuyos palcos estaban atestados de gente tan mal dispuesta en su favor como la de la vía pública. Las impresiones que allí experimentaron los miembros de la mayoría no dejaron de influir en sus resoluciones ulteriores y por esto las hemos anotado.

En 28 de febrero, Thiers presentó á la asamblea el tratado de los preliminares. El mismo leyó en la tribu-

na el preámbulo, que venía á decir: la Asamblea nacional, sufriendo las consecuencias de hechos de que no es autora, aprueba los preliminares de paz. Los demás artículos fueron comunicados á los representantes por Barthelemy-Saint-Hilaire. Imponíase su aprobación inmediata, puesto que el cambio de las ratificaciones había de ser la señal para la vuelta de nuestros prisioneros y la evacuación de gran parte de nuestro territorio, incluso París. Tolain, diputado de la capital, combatió la urgencia, apoyándose en que, á su juicio, las proposiciones eran vergonzosas é inaceptables. Esta apreciación hizo que Thiers subiese otra vez á la tribuna.

«La vergüenza, exclamó, será para los que en todos grados y en todas épocas habrán contribuido á las faltas que han conducido á esta situación.» Scholcher y Gambetta insisten para que la reunión de las secciones se aplase al menos hasta el día siguiente. El jefe del poder ejecutivo, que sabe que un aplazamiento de veinticuatro horas puede ocasionar una catástrofe, sube de nuevo á la tribuna y ruega y conjura á la asamblea que deseché toda demora: «Respetad, no á mí, si ya nadie respeta nada, pero respetad mi silencio... Salí de París anoche, y cuando hablo así, deseo que me comprendan sin que añada una palabra.» La asamblea le comprendió, reunióse inmediatamente en sus secciones y al día siguiente Víctor Lefranc propuso, en nombre de la comisión encargada de estudiar el proyecto de ley, su adopción íntegra.

La sesión del 1.º de marzo fué una sesión histórica, como lo había sido la del 17 de febrero. Toda la historia interior y exterior de Francia arranca, desde hace siete lustros, de estos tres acontecimientos memorables: la elevación de Thiers al poder, el voto de destitución y la aprobación del proyecto de ley relativo á los preliminares de paz.

La destitución fué pronunciada fortuitamente. Un diputado del Mosela, el Sr. Bamberger, que combatía el proyecto de preliminares, acababa de declarar que Napoleón III era el único hombre que hubiera debido firmar semejante tratado. «Napoleón III, exclamaron varios diputados de Córcega, no hubiera firmado jamás un tratado vergonzoso.» Como Julio Simón hubiese retado al Sr. Conti á que subiese á la tribuna para defender á Napoleón III, el ex jefe del gabinete del emperador contestó al reto y pronunció una apología del Imperio, acogida con tales protestas, que la sesión tuvo que suspenderse. Al reanudarse, el Sr. Target, en nombre de veinticinco diputados, leyó una moción de orden así concebida:

«La Asamblea nacional da por terminado el incidente, y en las circunstancias dolorosas que atraviesa la patria, ante protestas y reservas inesperadas, confirma la destitución de Napoleón III y de su dinastía, ya pronunciada por el sufragio universal, y lo declara responsable de la ruina, de la invasión y del desmembramiento del territorio.»

Como el Sr. Gavini hubiese afirmado que el Imperio, fundado por cuatro plebiscitos, no podía ser derribado más que por otro plebiscito, Thiers apoyó en estos términos la moción de Target:

«Os propuse una política de conciliación y de paz y esperé que todo el mundo comprendería la reserva y el silencio en que nos encerramos respecto al pasado. Pe-

ro desde el momento que ese pasado se yergue ante el país...» (*Viva adhesión. Bravos y aplausos. El Sr. Conti pide la palabra.*)

Thiers continúa: «Cuando ese pasado parece burlarse de nuestras desdichas de que él es autor (*¡Sí, sí!*) el día en que ese pasado se alza ante nosotros, cuando lo quisiéramos olvidar, cuando doblamos la cabeza bajo el peso de sus faltas, de sus crímenes... (*¡Sí, sí!, ¡es verdad!*) ¿Sabéis lo que dicen en Europa los príncipes que representáis y que yo he oído de labios de los soberanos? Dicen que no son ellos los culpables de la guerra, que es la Francia; dicen que somos nosotros. Pues bien; yo les doy un mentís á la faz de Europa. (*Aplausos.*) No, Francia no quiso la guerra. (*¡No, no!*) Fuisteis vosotros, vosotros que protestáis; vosotros sois los que la quisisteis... (*¡Sí, sí!*)

»Si la asamblea quiere dar por terminado el incidente, esto será lo más prudente y más digno (*asentimiento*); si no, le ruego que deje hablar en esta tribuna á los representantes del Imperio... Pero yo pido que se dé por terminado el incidente...» (*Viva adhesión. ¡Muy bien! ¡A la orden del día!*)

Así se acordó, y la moción Target fué aprobada por unanimidad menos seis votos. Este resultado tan fácilmente obtenido demostró cuán quiméricos eran los temores de Gambetta que tanta importancia había dado á la inelegibilidad de los miembros del antiguo Cuerpo legislativo.

El voto de la destitución fué la única condenación oficial y, si se quiere, constitucional del Imperio.

Zanjada la cuestión interior, la asamblea y el gobierno se hallaban en presencia de la dolorosa cuestión de los preliminares de paz. Entonces, en aquella asamblea soberana que contaba veinte ó treinta de los primeros oradores de Francia, todos sus hombres de Estado y 400 hombres de negocios, no se consagraban, como hoy, dos ó tres sesiones á la discusión de una interpeleación sobre un hecho de importancia muy relativa; en una misma sesión se suscitaban y resolvían las cuestiones más graves, cuestiones de que dependía el porvenir del país. Combatido por Edgardo Quinet y por Bamberger el proyecto de ley, lo fué también por Víctor Hugo, Tachard, Luis Blanc, Juan Brunet, Milliere y Keller, y no fué apoyado más que por Vacherot y Changarnier. Este último pronunció algunas palabras sensatas de resignación patriótica que no podían hacer prever hasta qué punto sus intervenciones ulteriores, en los debates ó en los trabajos de la asamblea, habían de ser apasionados. Buffet declaró que se abstendría como hijo de los Vosgos, pero aconsejó á sus amigos políticos que votasen el proyecto. Thiers tomó dos veces la palabra, después de Buffet y después de Keller, y su intervención fué decisiva. El jefe del poder ejecutivo afirmó su convicción absoluta de la imposibilidad de continuar felizmente la lucha. Declaró que al firmar se había impuesto uno de los dolores más crueles de su vida, y la visible emoción que experimentaba le obligaba á interrumpir su discurso, mientras la asamblea prorrumpla en aplausos. Suplicó á todo el mundo que tuviese el valor de su desgracia, que no consultase más que su conciencia y su corazón, sin falso patriotismo y sin debilidad. Conjuro á los representantes de Francia que tuviesen al fin buen sentido y no gastasen pala-

bras, y demostró que con una organización militar quebrantada era imposible resistir á un ejército regular de 500.000 hombres, ebrio de sus victorias.

El proyecto de ley fué aprobado por 543 votos contra 107 y un centenar de abstenciones. Este voto determinó la dimisión de los diputados del Mosela, del Bajo Rhin y del Alto Rhin. Toda la asamblea experimentó una emoción muy intensa cuando el Sr. Grosjeán, diputado del Mosela, leyó esta dimisión en la tribuna:

«Antes de toda negociación de paz, los representantes de la Alsacia y de la Lorena depositaron sobre la mesa de la Asamblea nacional una declaración afirmando de la manera más formal, en nombre de estas provincias, su voluntad y su derecho de seguir siendo francesas.

»Entregados, con desprecio de toda justicia y por un odioso abuso de la fuerza, á la dominación del extranjero, tenemos un postrer deber que cumplir.

»Declaramos, una vez más, nulo y sin efecto un pacto que dispone de nosotros sin nuestro consentimiento.

»La reivindicación de nuestros derechos queda para siempre abierta, á todos y á cada uno, en la forma y en la medida que nuestra conciencia nos dicta.

»En el momento de abandonar este recinto, en que nuestra dignidad no nos permite continuar, y á pesar de la amargura de nuestro dolor, el pensamiento supremo que hallamos en el fondo de nuestros corazones es un pensamiento de gratitud en vez de todos los que, durante seis meses, no han cesado de defendernos, y de inalterable apego á la patria de que somos violentamente arrancados.

»Os seguiremos con los ojos y esperaremos, con entera confianza en el porvenir, que la Francia regenerada reanude el curso de sus grandes destinos.

»Vuestros hermanos de Alsacia-Lorena, separados en este momento de la familia común, conservarán para Francia, ausente de sus hogares, un afecto fiel, hasta el día que vuelva á ocupar en ellos su puesto.»

Otras dimisiones igualmente sensibles precedieron ó siguieron á las de los diputados de la Alsacia y de la Lorena. Cuando la Italia oficial se limitaba á hacer votos por el triunfo de las armas francesas, Garibaldi había prestado á Francia el apoyo de su espada y de su inmensa popularidad, y Francia le había correspondido con una triple elección. Siendo extranjero y, como tal, inelegible, Garibaldi había enviado su dimisión al presidente de la asamblea. Poco al corriente de los usos parlamentarios, había querido decir un último adiós á Francia y hacer votos quizá por la prosperidad de la República, después de haber dimitido y después de haberse levantado la sesión. El formalismo intolerante de la mayoría no le permitió hacerse oír. Su retirada determinó la de Víctor Hugo, Rochefort, Ranc, Tridón, Benoît-Malón, Félix Pyat y Ledru-Rollin se retiraron el 2 de marzo. Todos estos debilitaron al partido republicano con su retirada y, cuando hubieron regresado á París, contribuyeron á ensanchar el abismo que se abría entre la capital y las provincias.

La cuestión de París, tan amenazadora, tan llena de sombras y de sorpresas, fué, en 10 de marzo, tratada por Thiers en un discurso que es quizá el más notable de cuantos pronunció en sus cuarenta años de vida parlamentaria, y sin duda uno de los más importantes,